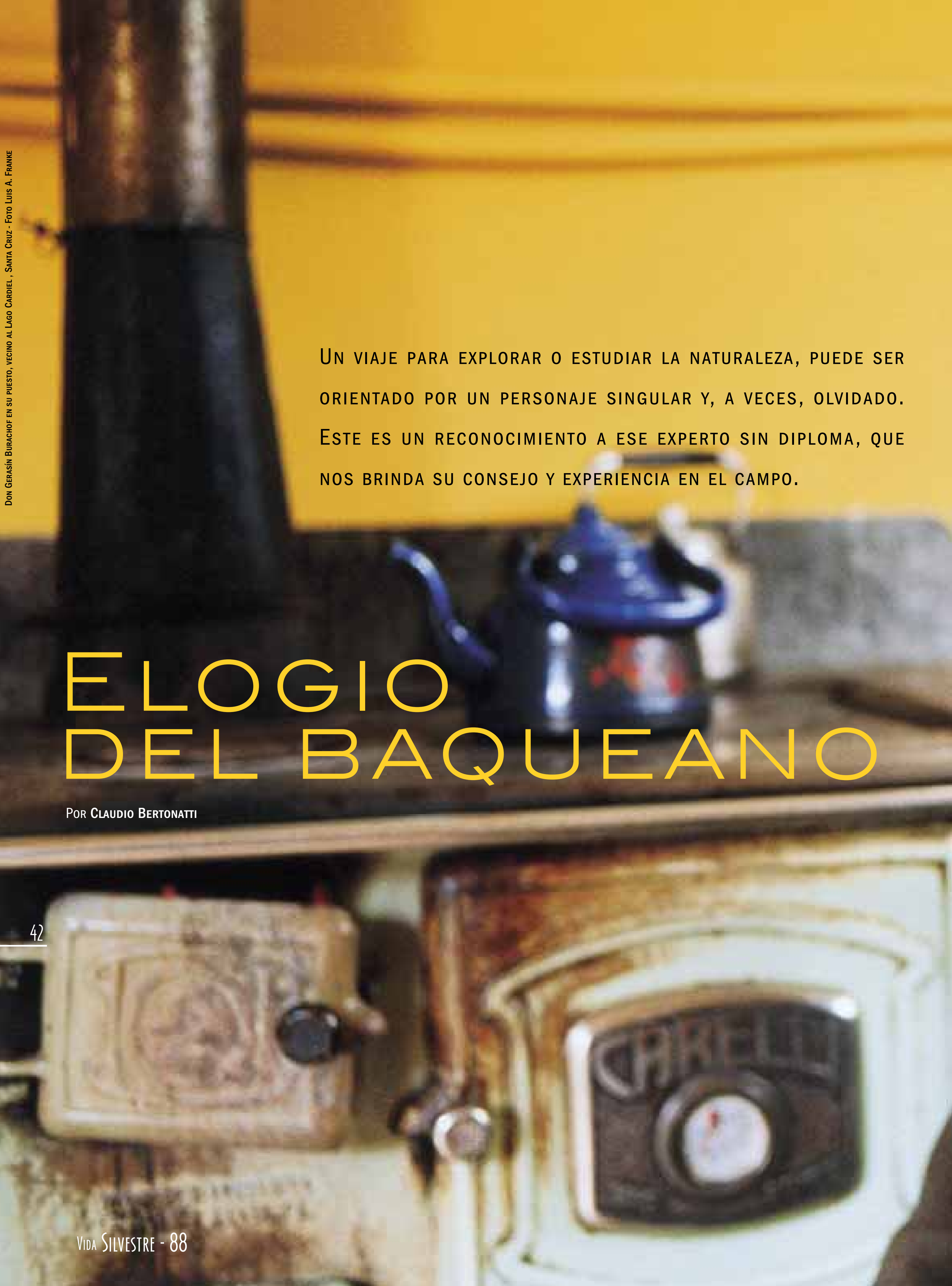


Don Gerasín Burachof en su puesto, vecino al Lago Cardiel, Santa Cruz - Foto Luis A. Franke

Un viaje para explorar o estudiar la naturaleza, puede ser orientado por un personaje singular y, a veces, olvidado. Este es un reconocimiento a ese experto sin diploma, que nos brinda su consejo y experiencia en el campo.

Elogio del baqueano

Por **Claudio Bertonatti**









Atahualpa Yupanqui decía que "paisano" es quien lleva el país adentro. De hecho, *paisano* deriva de "país" y significa éso, el que vive en la esencia de la patria, en su paisaje (palabra que también deriva del mismo lado).

Cuando recorremos el campo, tarde o temprano, nos topamos con huellas, picadas o senderos que conducen a un puesto, un rancho o una tapera. Todavía uno puede ver esas casas, más cerca del horizonte que de las rutas, donde el tiempo camina con retraso. Es el "hábitat" de personas muy distintas a las de una ciudad. Viven humildemente "con lo puesto" y "al día", pero con orgullo. En ocasiones, pobres hasta en las palabras. Son los descendientes culturales y herederos naturales de aquel gaucho que galopó libre hasta el siglo XIX. Hoy, ofician de peones, puesteros o simples pobladores "ande" no llega el diario, ni la televisión. A gatas, una radio vieja transmitirá su sonido distorsionado por la distancia y las pilas gastadas, porque tampoco suele haber electricidad. Si hay tiempo y suerte, se podrá valorar ese "Mensaje al poblador rural", invalorable servicio de nuestra Radio Nacional, mezcladito entre una linda chacarera de Sixto Palavecino o una reflexiva milonga de José Larralde.

Si divisa el puesto, siga mi consejo: desmonte de su auto y pruebe la compañía. Aunque ande buscando bichos raros o yuyos curiosos, créame que valdrá la pena el encuentro. En todo caso, ganará tiempo en su búsqueda, confirmará datos y hasta se llevará más de una historia (natural o de vida). Me juego a que lo van a invitar a que "*pase más pa' dentro*", para compartir unos mates. Y hasta imagino la calabaza calentita, forrada con rumen de "capón" (oveja), cuerito de iguana o de carpincho, sábalo, cuando no de un pobre toro capado. La mano curtida se lo ofrecerá prolija y humeante, iniciando una ceremonia con modos que la tiñen de homenaje. Si pega un vistazo al recuadro, verá que nuestra bebida nacional tiene su lenguaje, motivo de varios libros. Entre mate que va y viene, el hombre sondeará su rumbo o interés, pero con delicadeza. No sea cosa que pase por "intrometido". Por eso, no es raro que apueste más a mirar que a hablar, y que mida sus preguntas para no incomodar.

No se extrañe y no mire la tapa de esta revista. Sí, ésta es VIDA SILVESTRE y a esta altura de los renglones, se preguntará qué tiene que ver todo esto con la fauna, la flora y las historias de siempre. ¡Mucho! Porque la mayoría de los hombres de campo están muy familiarizados con su

entorno natural, ya sea en la llanura, la sierra, el monte, la estepa, la selva o la montaña. Esto lo comprobamos una y otra vez cuando tuvimos que trabajar cerca de ellos, campo adentro. Y son estas personas las que saben leer los más sutiles indicios, rastros o señales que presenta la naturaleza. Es el baqueano quien percibe, mirando sobre el suelo, que la pava de monte anduvo comiendo los frutitos de la tala gateadora, si el "tateto" o chancho del monte pasó mascando o cutiando las nueces del nogal, o si el mono carayá está anunciando tormenta con su grito. Eso y mucho más, con sólo "leer" unas pocas evidencias.

Además, tiene la capacidad de traducir y compartir eso, con generosidad y humildad. Y cuando desconoce algo, no dudará en reconocer: *"no sé; pa' qué le voy a mentir"*, como acostumbraba hacerlo Don Jorge Acosta, en Los Chorrillos, por los pagos del Tucumán. Él conocerá los atajos, las picadas, la forma más corta, menos sufrida y más hermosa de disfrutar del paisaje. También, quién le señalará "el naciente" o "el poniente" para guiar su marcha. Irá unos pasos por delante, para machetear una rama potencialmente molesta o peligrosa, para no correr el riesgo de recibir una cachetada floral. Y si el palo es derechito, podrá ofrecérselo como bastón de campaña. Tratará de orientarlo, con referencias en leguas, horas de a caballo y otros patrones inusuales del tiempo y la distancia para un habitante urbano.

Sarmiento, nos dejó una buena definición de estos hombres: "*El baqueano es un gaucho grave y reservado, que conoce palmo a palmo veinte mil leguas cuadradas de llanuras, montañas, bosques.*" A mí me gusta, aunque suene exagerada. Es que cuando uno estrecha su mano callosa para sellar un acuerdo, enfrenta un deber, por modesto que sea. Y delo por seguro: su palabra empeñada tiene más valor que la firma en un tratado internacional. Esto lo supimos en más de una ocasión, cuando Don Gerasín Burachof, nos esperaba a orillas del Lago Cardiel, para refugiarnos tras buscar al macá tobiano, por las mesetas de Santa

El lenguaje del mate

- **Mate con leche**: indica estima.
- **Mate con café**: ofensa perdonada.
- **Mate con toronjil**: tu tristeza me aflige.
- **Mate con limón**: disgusto.
- **Mate frío**: indiferencia.
- **Mate muy caliente y entre hombres**: disgusto, enojo o resentimiento. Ofrecido a una dama, en cambio: "yo también estoy ardiendo" (de amor, se entiende)
- **Mate tapado**: te exponés a un bolsazo.
- **Mate lavado**: se acabó la yerba... a tomar mate a otra parte.
- **Mate espumoso**, exquisito, fragante: te quiero con todas las de la ley.
- **Mate amargo**: quitate todas las ilusiones; llegás tarde.
- **Mate vacío**: todo ha concluido entre nosotros.
- **Mate con azúcar quemada**, simpatía.
- **Mate con naranja**: vení a buscarme.
- **Mate con canela**: ocupás mis pensamientos.
- **Mate largo**: visita molesta o poco grata.
- **Mate corto**: quiero verte más seguido.
- **Mate chorreado**: visita inoportuna o desprecio.
- **Mate del estribo**: cortesía, deferencia o amor, según el caso.
- **Mate encimado**: cansancio o fastidio.
- **Mate con la bombilla hacia atrás**: desprecio seguro.

Pero además de estos mensajes del cebador, también hay señas de quien lo recibe. Si acomoda la bombilla antes de tomar puede leerse como un acto de desprecio al cebador. Si lo devuelve, haciendo cimbrar la bombilla, lo está provocando. Hacerla roncar es una grosería y chupetear la bombilla, de mala educación. Soplarla indica zoncera, y "gracias" sólo se dice al final del último mate, para avisar al cebador que no desea tomar más. Ahí nomás, le dirá "buen provecho" y se acaba la cosa.


Don Liborio Jara con su charito "guacho", en su puesto cercano a Pto. San Julián, Santa Cruz - Foto Luis A. Franke

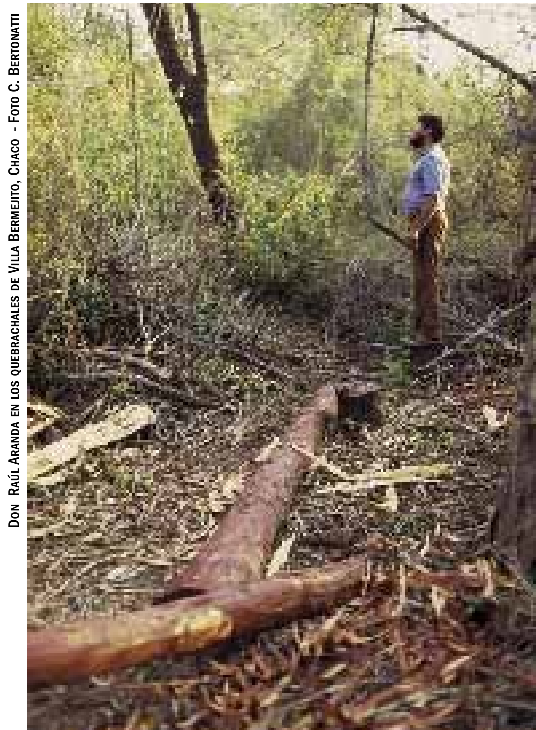

Don Maximiliano Leiva, en el monte chaqueño de Pampa Gamba - Foto C. Bertonatti

Cruz. Si, en cambio, le dice que vendrá "a la oración", como gustaba hacerlo el chaqueño Don Raúl Aranda, allí estará cuando caiga el sol, después de cruzar con su canoa de palo borracho el arroyo Bermejito.

Pero además, los baqueanos tienen clase para dar clases. Ofrecen lecciones teórico-prácticas de zoología, botánica, toponimia, medicina empírica o producción agropecuaria, en cursos acelerados y con los recursos que aparecen al paso. Y, antes de que se me olvide, si pasa por la Sierra Morena y se lo encuentra a Don Belarín Belarmino, le aseguro que aprenderá a reconocer los árboles de la selva misionera con sólo ver la corteza o por el aspecto de su copa. Por eso, si él le tira los nombres "Anchico", "Timbó" o "Palo Rosa", anótelo en la libreta. El dato "es posta" y no falla.

Créame, no es lo mismo visitar el monte solo que acompañado por uno de estos personajes, doctorados en la "Universidad del Campo", como dice el Dr. Enrique Richard. Esa, que no otorga diplomas, pero cuyo "nivel académico" tiene la certificación de varios siglos. Porque cada poblador "nacido y criado" (NYC) en estos lugares lleva el conocimiento que le ha sido transmitido de abuelos a padres y de padres a hijos, de una generación a otra, vaya a saber uno desde qué tiempos... Llevan "cultura en la sangre", como decía García Lorca. Y cuando uno de ellos, ya viejo, muere, uno siente que se incendió una biblioteca entera. Así lo sentía Romildo Risso, el gran poeta uruguayo.

Don Raúl Aranda en los quebrachales de Villa Bermejito, Chaco - Foto C. Bertonatti



Don José Antono García, buscador de oro de la Puna jujeña - Foto C. Bertonatti

En general, el hombre de campo es hospitalario y generoso. Curioso como el turista. Sencillo como las palabras con que se expresa. Entusiasta para compartir su saber, cuando lo sabe valorado. A veces, pícaro y siempre duro para enfrentar los porrazos. Todo un caballero para manifestarse y digno en su pobreza, aunque pueda pecar de sumiso. Será fácil comprobar su hospitalidad y resultará difícil equipararla. Ofrecerá todo, teniendo poco o casi nada.

Si es peón o puestero, rara vez tendrá compañera. Será por eso que hacen un culto de la "conversa", para "hablare" de las cosas sencillas, como lo son las del campo: el clima, el caballo, la hacienda, el perro, el puma, el zorro, alguna historia de boliche (como las de Don Juanito, a orillas del río Bote), o el recuerdo de una antigua chulengueada o boleada de ñandúes, cuando los tiempos eran otros y la abundancia de estos bichos también era diferente. Es fácil imaginar que uno recibe un trato diferencial, como el de un invitado especial. Durante los primeros días habrá formalidad y el hombre evitará hasta las bromas y, ni hablemos de "malas palabras". Estarán ausentes en su lenguaje pudoroso. En esa soledad, una conversación podrá ser recordada con detalle y precisión por añares. Y, si de compartir se trata, puede darse la ginebra o la caña y hasta un cigarro "armao", para esperar el fin de un "chubasco" (tormenta) o de una "nevazón".

El gran compañero de campo del baqueano es, por supuesto, el caballo, cuyo afecto sólo disputa uno que otro perro. Gracias a él se moviliza, trabaja y se divierte. Por eso, le estima cuidados similares a los que un taxista celoso le dedica a su auto en el centro porteño. Es muy lindo conocer los nombres que se dan al pelaje del caballo. Es tan importante, que permite reconocerlo como un hombre de ciudad identifica las marcas de los autos. Así, puede ser: **Alazán** (cuando tiene el color del fuego), **Atigrado** (con rayas como las de un tigre), **Bayo** (al amarillento), **Colorado** (al rojizo), **Lunarejo** (cuando tiene lunares parejos), **Malacara** (si viene con una mancha larga y ancha en la cara), **Moro** (al que tiene predominio de pelos negros sobre blancos), **Oscuro** (todo negro), **Overo** (al que luce manchas de dos o más colores), **Pangaré** (cuando parece desteñido), **Rosillo** (si entremezcla pelos blancos con colorados), **Ruano** (al que tiene crines y colas muy claras), **Tobiano** (cuyo pelaje tiene manchas grandes y bien marcadas), **Tordillo** (cuando entremezcla pelos blancos con negros), **Yaguané** (con una o dos rayas blancas sobre el lomo), **Zaino** (entre el colorado y el oscuro) y **Zarco** (cuando tiene un ojo de color claro).

Uno nunca anda con tiempo para desarrollar estos cuentos y encuentros. Y, cuando todo se pone mejor, nos tenemos que ir. Quedarán atrás, en el camino, como desperdigados por el campo y el tiempo, casi abandonados a su suerte. Muchos lo saben: si murieran o llegaran a "finaos", lo más probable es que pase mucho para que se los encuentre. Claro, que, hasta en esa situación enriquecerán el asunto, sumándose al compendio de aparecidos, como "El Indio Parra", que recordaba temeroso Don Pradini, allá por el lago Belgrano.

En fin, gracias, paisanos, por esa mano que nos dieron y nos dan. Hasta la vuelta.



Don Saladino Coaroza, la memoria viva del paisaje del Parque Nacional Monte León.